

sacerdotes. Aunque puede costar un poco hacerse con su lenguaje, propio del siglo XVI español, en poco tiempo es fácil acostumbrarse a su, por lo demás, buen castellano. La lectura de estos textos, de vigen-

cia permanente, será especialmente fructuosa no sólo para los ministros sagrados, sino también para todos los creyentes.

Juan Luis CABALLERO

Mauro PIACENZA, *El sello. Cristo, fuente de la identidad del sacerdote*, Madrid: Palabra, 2011, 154 pp., 13,5 x 21, ISBN 978-84-9840-522-4.

El autor, el cardenal genovés Mauro Piacenza, es Prefecto de la Congregación para el Clero desde el 7 de octubre de 2010. Este breve libro, publicado originalmente en italiano en el año 2010, reúne varias intervenciones del cardenal entre los años 2009 y 2010 (un retiro para seminaristas, diversos encuentros con el clero y conferencias en congresos) en torno a la identidad del sacerdote: su vocación y su misión en la Iglesia.

La dimensión esencial que configura la vida del sacerdote –el sello– es el sello sacramental que recibe el día de su ordenación, un sello que abre la vida del nuevo sacerdote a un don recibido de Dios y señala y garantiza su pertenencia a Cristo y su configuración con Él.

El libro recorre, con claridad, optimismo y fidelidad a la Tradición de la Iglesia, algunos elementos esenciales de la vida sacerdotal. Podríamos destacar algunos de los contenidos más interesantes.

¿Cómo se custodia la vocación sacerdotal? Se custodia en el afecto a Jesucristo cultivado en la oración personal; un afecto que impulsa a la radicalidad y totalidad de la entrega. El sacerdote no debe dejar de lado nunca la oración, resulta un «elemento absolutamente indispensable para custodiar la vocación, para conocerla, para alimentarla, sostenerla, preservarla..., en una palabra, ¡para amarla!» (pp. 20-21).

Es interesante la referencia explícita y subrayada por parte del autor sobre la formación humana del sacerdote. Esta evita el peligro del dualismo (la vida espiritual por un lado y la vida material por otro) e inserta la fe en la propia existencia cotidiana (p. 25). La formación humana del sacerdote se articula inseparablemente con la certeza de la filiación divina: saberse amados por Dios da seguridad y estabilidad a la propia vida sacerdotal (p. 26). En esta misma línea, señala el autor, no se debe descuidar la cordialidad y el trato educado (p. 29).

El contacto personal con Cristo (pp. 29-30) en la oración y en los sacramentos constituye el eje central de la vida del sacerdote. Su trabajo pastoral no resulta de una técnica más o menos estudiada y asimilada; la pastoral, sobre todo, nace del Corazón de Cristo (p. 34). El sacerdote se hace también voz pública de la Iglesia que ora a Dios con el rezo del Breviario (pp. 73-75).

Con extraordinaria claridad y sencillez el autor saca a la luz la sutil tentación que aparece a menudo en la vida del sacerdote: la autosuficiencia y la desunión. «Cuando expresamos reservas subjetivas e infundadas sobre el Magisterio, sobre las decisiones y actuaciones del Santo Padre y de la Iglesia, del Obispo y de nuestros superiores, en realidad nos anteponeamos nosotros mismos al Señor, damos precedencia a nuestro corto y parcial punto de vista sobre

la sintética y global visión de la Iglesia» (pp. 76-77).

Algo esencial en la vida del sacerdote es, sin duda, la Eucaristía bien vivida, con unción y respeto, viviendo personalmente el encuentro con el misterio, dando prioridad al Señor, conscientes de que «no somos nosotros quienes salvamos al mundo» (p. 83). El sacerdote debe hacer vida en él mismo las palabras de la consagración de modo que, con Jesucristo, pueda decir también con verdad sobre su propia vida... «que se entrega por vosotros» (p. 92).

En definitiva, recuerda el autor, la fuente de la identidad del sacerdote es Cristo y

la vida de unión con Él. Este es el sacerdote que necesita la Iglesia y el mundo: «un sacerdote enamorado del Señor, de la Iglesia, de la Santísima Virgen, Madre de la Iglesia y Reina de los Apóstoles, y de su propia vocación, se convierte en rayo de luz» (p. 151).

Este breve pero intenso libro resulta una estupenda lectura, llena de amor al sacerdocio, escrito con claridad y optimismo, en continuidad con el magisterio de Benedicto XVI. De gran interés, sin duda, para seminaristas y sacerdotes.

José Manuel FIDALGO

Soeur MARIE-ANCILLA, OP, *Découvrir les Pères de l'Église à travers la Liturgie des Heures*, Tome I: *Les Pères avant Nicée*, Paris: Desclée de Brouwer, 2010, 291 pp., 14 x 21, ISBN 978-2-220-06144-3.

«El Oficio de Lecturas de la Liturgia de las Horas ha quedado en la sombra. Laudes y Vísperas lo han eclipsado» (p. 9). En efecto, es un hecho que mientras que, en muchos lugares, el rezo de Laudes y Vísperas se ha extendido bastante a los laicos, no sucede lo mismo con el Oficio de Lecturas. La misma publicación del *Diurnal* –en terminología española, pero que cuenta con ediciones análogas en otros países–, libro usado por muchos de ellos, no contiene esos textos, que deben buscarse en otros lugares. Es así que, con estas primeras palabras de la introducción, la autora nos sitúa enseguida sobre la senda que pretende recorrer: ofrecer unas consideraciones que ayuden a descubrir la gran riqueza contenida en las lecturas patrísticas de la Liturgia de las Horas.

En el contexto del gran impulso que se ha dado, en los últimos años, al estudio y difusión de las fuentes patrísticas, Sor Marie-Ancilla, monja dominica, se pregunta,

en primer lugar, por las razones y los criterios que han guiado la selección de los textos que ofrece el Oficio. Después de la última reforma litúrgica, la Iglesia ha hecho un gran esfuerzo por ampliar tanto el número de textos como el espectro de Padres usados. Muchas de esas lecturas son comentarios a los textos bíblicos de la primera lectura del Oficio: lo que, en muchos casos, podríamos denominar *lectio divina* o lectura orante, en la que sus diversos autores nos transmiten una auténtica experiencia de la fe. Estas maravillosas piezas literarias han sido seleccionadas de tal modo que se adecúen lo mejor posible al tiempo litúrgico o a la festividad que en cada caso se celebre.

Precisamente por ser, en su mayoría, textos de los Padres, su comprensión no es a veces inmediata. De ellos nos separan muchos siglos, una distancia que se refleja no sólo en el lenguaje y en la forma de pensar, sino también en el universo cultural,